

La colección UN LIBRO POR CENTAVOS, iniciativa del Departamento de Extensión Cultural de la Facultad de Comunicación Social-Periodismo, junto con el Departamento de Publicaciones de la Universidad Externado de Colombia, persigue la amplia divulgación de los poetas más reconocidos en el ámbito nacional e internacional y la promoción de los nuevos valores colombianos del género, en ediciones bellas y económicas, que durante los próximos 4 números continuarán distribuyéndose como obsequio para los suscriptores de la revista *El Malpensante*.

El número 5 de esta colección es una selección de *Los poemas de la ofensa* de JAIME JARAMILLO ESCOBAR, preparada especialmente para el Externado de Colombia.



N.º 5

**JAIME JARAMILLO ESCOBAR**

**LOS POEMAS DE LA OFENSA**  
**SELECCIÓN**

**UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA**  
**FACULTAD DE COMUNICACIÓN SOCIAL-PERIODISMO**

**2004**

ISBN 958-616-854-9

© JAIME JARAMILLO ESCOBAR, 2004

© EDITORIAL PRE-TEXTOS, VALENCIA (ESPAÑA)

© UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA, 2004

Derechos exclusivos de publicación y distribución de la obra

Calle 12 n.º 1-17 Este, Bogotá, Colombia. Fax 342 4948.

[www.uexternado.edu.co](http://www.uexternado.edu.co)

Primera edición: abril de 2004

Diseño de carátula: Departamento de Publicaciones

Fotomecánica, impresión y encuadernación: PANAMERICANA,

formas e impresos, con un tiraje de 12.500 ejemplares

Impreso en Colombia

*Printed in Colombia*

# UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA

Fernando Hinestroza  
Rector

Hernando Parra  
Secretario General

Miguel Méndez Camacho  
Decano de la Facultad de Comunicación Social-Periodismo

Clara Mercedes Arango  
Directora de Extensión Cultural



## ACLARACIÓN

El libro *Los poemas de la ofensa*, ganador del primer premio del concurso Nadaísmo de Poesía 1967, firmado por X-504, incluye 44 poemas. Las limitaciones de tamaño y paginaje de nuestra colección “Un libro por centavos” nos obligan a resignarnos a esta breve selección que hiciera su autor JAIME JARAMILLO ESCOBAR.





## CONTENIDO

Envío	11
Ofrecimiento	13
Ruego a Nzamé	17
Mamá negra	18
Por nombre Roy	21
El telegrama de cuero	26
Diálogo de los intérpretes	29
Apogeo del sucesor	34
La torre de los buscadores de lunas	37
Cómo me convertí en monstruo	41
Cautiverio del monstruo	44
Visita de la ballena	47
El hijo de la ballena	49
Aviso a los moribundos	52
Palabras de invierno	57
Afrenta de la muerte	60
Proverbios de los charlatanes	64
El deseo	67
EL AUTOR	70



ENVÍO

*A los que no necesitan estudiar cosas raras  
para comprender la poesía.*



## OFRECIMIENTO

Por su condición de laberinto, un libro es la mejor trampa que existe para cazar espíritus. El juego de atraparse unos a otros es la literatura.

No se adaptó mi espíritu a la simpleza normativa de la línea recta y por eso no seguí una. Todas las líneas rectas se entrecruzan estorbándose y no vi claridad en ello. Cuatro vidas rectas componen un asterisco. Me parecía simpático. Lo simpático nunca me ha simpatizado.

El hombre nació errante. Si la especie se hubiera desplazado en línea recta, hubiera ido a parar al mar. No me gusta ahogarme. He ido de un lado a otro porque ese es el destino natural. Y les he arrojado piedras a los que van en línea recta. Bien se dice que la línea recta es el camino más corto entre la vida y la muerte. La errancia es la única forma de despistar al tiempo. Meter al tiempo en el laberinto de nuestra errancia. A eso lo llamaba CARLOS CASTRO SAAVEDRA *jugar con el gato*.

De aquí y de allá, de todas partes fueron tomados estos poemas, que se sustraen a la línea recta. ¡Tan aburrida la línea recta, que ni a los aviones les gusta! La línea recta, a poco andar se curva. Es la forma más rápida del engaño y la siguen los compulsivos, los azuzados, los que aspiran a llegar pronto. Me demoro en el camino, me resisto a llegar, porque ya sé lo que hay allá. Mi amigo DARÍO JARAMILLO AGUDELO (con él la prudencia y la fortuna) tuvo el valor de mandar su pie derecho a explorar. Por lo tanto él sabe más que yo.

Le ofrezco este libro en reverencia, admiración y reconocimiento, y con honor.

Medellín, 1991

*La lámpara del hombre interior consta de tres pabilos, esto es:  
nuestro cuerpo, nuestra alma y nuestro espíritu.*

*Libro de Juan,*  
ARZOBISPO DE TESALÓNICA.





## RUEGO A NZAMÉ

Dame una palabra antigua para ir a Angbala,  
con mi atado de ideas sobre la cabeza.  
Quiero echarlas a ahogar al agua.

Una palabra que me sirva para volverme negro,  
quedarme el día entero debajo de una palma,  
y olvidarme de todo a la orilla del agua.

Dame una palabra antigua para volver a Angbala,  
la más vieja de todas, la palabra más sabia.  
Una que sea tan honda como el pez en el agua.

¡Quiero volver a Angbala!

## MAMÁ NEGRA

Cuando mamá negra hablaba del Chocó  
le brillaba la cadena de oro en el pescuezo,  
su largo pescuezo para beber agua en las totumas,  
para husmear el cielo,  
para chuparles la leche a los cocos.  
Su pescuezo largo para dar gritos de colores con las  
guacamayas,  
para hablar alto entre las vecinas,  
para ahogar la pena,  
y para besar a su negro, que era alto hasta el techo.  
Su pescuezo flexible para mover la cabeza en los bailes,  
para reír en las bodas.  
Y para lucir la sombrilla y para lucir el habla.

Mamá negra tenía collares de gargantilla en los baúles,  
prendas blancas colgadas detrás del biombo de bambú,  
pendientes que se bamboleaban en sus orejas,  
y un abanico de plumas de ángel para revolver el aire.

Su negro le traía mucho lujo del puerto cada vez que venían  
los barcos,  
y la casa estaba llena de tintineantes cortinas de conchas y de  
abalorios,  
y de caracoles para tener las puertas y para tener las ventanas.  
Mamá negra consultaba el curandero a propósito del  
tabardillo,  
les prendía velas a los santos porque le gustaba la candela,  
tenía una abuela africana de la que nunca nos hablaba,  
y tenía una cosa envuelta en un pañuelo,  
un muñequito de madera con el que nunca nos dejaba jugar.  
Mamá negra se subía la falda hasta más arriba de la rodilla  
para pisar el agua,  
tenía una cola de sirena dividida en dos pies,  
y tenía también un secreto en el corazón,  
porque se ponía a bailar cuando oía el tambor del mapalé.  
Mamá negra se movía como el mar entre una botella,  
de ella no se puede hablar sin conservar el ritmo,  
y el taita le miraba los senos como si se los hubiera  
encontrado en la playa.

Senos como dos caracoles que le rompían la blusa,  
como si el sol saliera de ellos,  
unos senos más hermosos que las olas del mar.  
Mamá negra tenía una falda estrecha para cruzar las piernas,  
tenía un canto triste, como alarido de la tierra,  
no le picaba el aguardiente en el gazonate,  
y, si quería, se podía beber el cielo a pico de estrella.

Mamá negra era un trozo de cosa dura, untada de risa por  
fuera.

Mi taita dijo que cuando muriera  
iba a hacer una canoa con ella.

## POR NOMBRE ROY

### I

Dos veces repetí el mismo viaje y dos veces me sucedió  
exactamente lo mismo:  
que estando yo en casa de mi tío Emilio, en su inmenso  
palacio de sesenta arcos blancos,  
jugando a las mariposas con su hijo y primo mío, por  
nombre Roy,  
Roy Jaramillo, que tenía en ese entonces nueve años menos  
que yo, es lo importante,  
palmeando las manos alrededor de la cascada, con los ojos  
cerrados,  
un pájaro que venía volando chocó contra su pecho e  
inmediatamente fue convertido en espuma,  
espuma de sonrisa que la cascada bate como una nube izada  
en un mástil de piedra.  
No lo seducían las moras, tan rojas que apenas una cabía en  
la palma de su mano,

ni las extrañas flores radiofónicas, las cuales había que  
encontrar en el centro del bosque, al atardecer,  
ni el lucero que Alejandrina, su madre, buscaba todas las  
noches en un telescopio instalado en el ala derecha, frente a  
las columnatas del norte,  
a donde nunca podían llegar los rayos de la luna, pues  
estaban diseñadas de esa manera.  
Sólo corríamos y corríamos hasta que, sonrosado y jadeante,  
se dejaba caer a la sombra de su perro preferido,  
asomando entre sus dientes un pétalo rojo de tulipán.

## II

Al día siguiente, cuando la mañana apenas aleteaba en mi  
ventana,  
el tren tocaba a mi puerta y yo tenía que prepararme  
apresuradamente para el regreso.  
El ángel malogrado, extrañamente bello, palpataba en el  
humo del sueño,  
mientras los perros, en el jardín, trataban de imitar a la sirena  
ladrando agudamente.

Quinientos metros más abajo, donde comenzaba la bruma,  
albeaba la plazoleta,  
y yo me dirigía hacia ella dejando caer en mi rostro el rocío,  
que es bueno para los ojos.  
Cuando llegaba ya había partido el tren y los funcionarios  
públicos, en fila india,  
se ocupaban en limpiar los rieles y los polines con un trapo  
blanco humedecido en leche de monte.  
Una gota de aceite había caído en el traje blanco del alba, y el  
Inspector de Policía estaba furioso con el maquinista,  
y lo amenazaba con los puños a la distancia, mientras éste,  
alejándose, le ponía dos palmos de narices desde su plataforma,  
y comenzaban a trepidar los árboles a la orilla de la carrilera  
como si los estuvieran matando,  
y el viento se tapaba las narices para no tragar el humo negro  
y espeso que salía de la chimenea.

### III

Entonces yo tenía que subir a esperar el autobús en la  
rotonda,  
donde me entretenía jugando mi suerte a la ruleta  
con el empacador de señales, el deshollinador de antenas y el  
hijo del conmutador de vías,  
que hacía trampa cada vez que se ponía colorado y le  
temblaban los ojos.  
El jefe de las pasionarias descalzas se paseaba en la antesala,  
aporreando los pilares con su bastón de carey,  
y se detenía para tocarse los anteojos cuando pasaban los  
encargados de darle a cada uno un pedazo de hielo antes  
de las 8 a.m.  
A las nueve en punto el autobús aparecía en la penúltima  
curva del cerro,  
tocando su bocina como un *clown* embriagado el día de  
primavera.  
A las nueve y diez yo tenía que estar de nuevo en la plazoleta,  
debajo de los tilos, donde el bus se detenía,



para subir mis maletas: rosada, amarilla, y verde; el paraguas,  
el balón, el catrecito plegable y los trebejos de pintura,  
pero ya el bus había partido un minuto antes, por lo que me  
era necesario comenzar el camino a pie,  
dando un gran rodeo por la carretera de circunvalación,  
donde están instalados los depósitos de hielo,  
cuyos tanques de cristal cortan a trechos los bancales de la  
carretera,  
y contra los cuales uno puede poner la mano para que se le  
enfríe,  
o hacer reflejar los ojos y en fin, por cuyos bordes uno puede  
pasear mirando las brillantes superficies y el halo verde  
de las orillas,  
olvidándose de regresar a la ciudad, pues en cualquier parte  
donde nos encontremos ya hemos llegado.

## EL TELEGRAMA DE CUERO

Era mi noche de bodas y me encontraba ya acostado con mi  
esposa  
en el amplio lecho de cuatro metros de ancho frente a una  
enorme ventana protegida con rejas de hierro,  
hechas por los cerrajeros de diez Españas, forjadas en diez  
Toledos,  
y la noche no se quería oscurecer para que los vecinos, desde  
la calle, pudieran contemplar nuestro amor.  
La mesonera traía cubos de agua y los acumulaba en el  
antepatio, cerca de las lucernas,  
y había tantos muchachos y muchachas que ocupaban el  
emparrado.  
Mi desnuda esposa sonreía debajo de mi sonrisa,  
los velos del lecho la tocaban antes que mis manos,  
y lo mismo los velos recogidos en los extremos del ventanal,  
que se agitaban hacia ella.  
Las risas de los vecinos nos llegaban a través de la reja  
mezcladas con estrellas y el grito de los muchachos,

como corresponde a la animación de la calle en la noche de  
bodas, frente a la casa de los esposos.  
En nuestra habitación los pomos de esencias se conservaban  
puros frente a los espejos,  
y en realidad el rumor de la calle, la presencia de los vecinos,  
no nos importunaba.  
Apresuradamente todo el mundo se me borró, y sólo me  
quedaba mi esposa entre las manos,  
cuyos flancos se movían como dos boas de cobre soldadas  
autógenamente,  
por cuyas juntas bocas yo pasaba mis dedos ásperos.  
Reinaba un ambiente violeta, preparado especialmente por  
nuestros amigos y parientes,  
y la señora mesonera, amplia y sonriente, acumulaba cubos  
de agua en el antejardín, frente a las lucinias.  
Era el bazar del amor y los mozos disfrazados de gitanos  
agitaban panderetas y pañuelos rojos en memoria de una  
gota de sangre.  
Entonces se oyó venir por la bocacalle un carro de cuatro  
caballos con arandelas de plata sonando.

Fue recibido por la mesonera, quien habló algunas breves  
palabras con los que venían,  
y luego se dirigió a nuestra ventana, abriéndose paso  
apresuradamente por entre la gente con sus dos largos y  
robustos brazos, semejantes a las piernas de mi esposa,  
para entregarnos un telegrama labrado en cuero, grande  
como un diploma, CUYAS LETRAS EN RELIEVE SALTABAN A LA  
VISTA DE TODOS.

## DIÁLOGO DE LOS INTÉRPRETES

*Dijo Jesús: —¡Oh gremio de los apóstoles!  
¡Cuántas son las lámparas que apaga el viento!*

AGRAPHA MUSULMÁN

Todo puede ser probado de una manera y también de la  
manera contraria,  
dijo el primer Intérprete de Jericó, poniendo sus manos sobre  
la Tora.  
Y dijo también, sin que nadie lo escuchara: “A los espejos hay  
que tenerles desconfianza”,  
cuando entró la bella Zahel, con un lirio en la mano, para  
revisar los pliegues del Velo.  
Porque los Intérpretes se ocupaban de todas las cosas: así de  
las más sabias como de las más bellas,  
pues desde los más remotos tiempos sólo se habla de lo que  
no se sabe.  
Los Intérpretes estaban entonces ocupados en definir

si cierta bestezuela encontrada dentro de su zapato por el  
Patriarca de Jerusalén,  
era un grillo con cabeza de ángel, o un ángel con cuerpo de  
grillo,  
y era muy difícil saberlo, puesto que no se trataba de una  
interpretación,  
sino de poner las cosas en su punto.  
Ellos no habían podido comprender el problema de la  
existencia de Dios  
porque no habían podido penetrar su porqué. Por qué es  
necesario que haya Dios.  
Pero dominaban a cabalidad todo cuanto concernía a los  
ángeles, todos los ángeles en general, inclusive los de siete  
brazos.  
No obstante, el problema de la pequeña bestezuela tenía muy  
preocupado al Intérprete cuando entró la bella Zahel,  
y apenas tuvo tiempo de bostezar frente al espejo, con lo que  
lo empañó, no siéndole posible ver lo que sucedía en ese  
momento.

El segundo de los Intérpretes del Templo entraba con el grillo  
en la mano y lo depositaba cuidadosamente en el Santo de  
los Santos,  
como único medio de obtener la respuesta que todos estaban  
deseando,  
y por la cual el Sumo Sacerdote se encontraba reducido a  
oración y penitencia.  
Pero como el grillo se congelaba en el Tabernáculo, fue  
necesario también traerle el zapato del Sacerdote,  
y todos los días una virgen le llevaba el más puro alimento  
que se podía obtener en la Casa del Señor.  
El grillo estaba muy contento, sin preocuparse de su cabeza  
deforme,  
y pronto se convirtió en objeto de veneración y culto  
como sucede siempre, que adoramos lo que no comprendemos.  
Hasta que se celebró una audiencia de todos los Intérpretes  
para resolver si el grillo debía ser vaciado en oro.  
Y uno dijo: –Soy de opinión que sólo los seres vivos deben  
adorarse.

Y otro dijo: –Mi opinión es contraria. Creo que sólo  
debemos adorar a los seres inertes.  
Y de esta discusión lo único que se sacó en claro fue que hay  
que adorar todas las cosas,  
y que tan digno de adoración es el uno como el otro.  
Entonces se pusieron a echar suertes para saber quién debía  
inclinarse primero,  
pues, según dijeron, el asunto quedaba convertido en una  
cuestión de principios,  
hasta que alguien dijo que había que dejar los principios para  
el final.  
Después de cierto tiempo el Sumo Sacerdote vino con gran  
acompañamiento para saber lo que habían resuelto los  
Intérpretes,  
pero el Libro estaba cerrado y todos se hallaban dormidos y  
cubiertos con sus mantos.  
La pequeña bestezuela había desaparecido, de donde  
dedujeron que era un ángel,  
y para congratularse celebraron un gran banquete de honor.



Estando en ello comenzaron a trocarse unos en otros, hasta el punto de que ya no se sabía quién era quién. Y habló el Patriarca y dijo: –”Traed otro grillo”. Y así lo hicieron, e introduciéndolo en el zapato lo calzó luego, no pudiendo contener una mueca de asco cuando lo sintió ceder bajo su planta.

Entonces todos los presentes alabaron al Señor, cada uno con las palabras y las intenciones de los otros, por lo que no fueron escuchados.

## APOGEO DEL SUCESOR

Con el rey Arnaldo habitábamos, en la misma ala del  
palacio, Leonor su reina, Herlindo su amante, y Mirleno  
—este servidor de la belleza de la reina—.  
Herlindo era un joven trigueño, tres veces vencedor en el  
decatlón. Sonreía cada vez que le llamaba el rey.  
El rey Arnaldo era de alta estatura, rubio, de modales  
delicados pero de corazón feroz. No dejaba nunca sus armas,  
y vigilaba su reino, su persona y su amor con la misma bala.  
De la reina, prisionera en su vasto palacio de malaquita, no  
hay mucho qué decir. Todos son hechos de armas, conquistas,  
expediciones, asuntos de oro e intrigas. Los trabajos de los  
hombres que tan duramente han formado el reino.  
En sus habitaciones de cristal la reina lleva una vida  
transparente, y el rey exige su castidad para que pueda ser  
reverenciada y admirada por sus hombres de guerra. En la  
Plaza de Armas los soldados gritan antes de partir: ¡Viva la  
reina!

Herlindo cabalga al lado del rey; es el portador de sus insignias, y la guardia le acoge con honor. La reina le tiene su sonrisa preparada, un poco triste, pero quizá en el fondo sabe apreciar la agilidad de su cuerpo, su piel brillante, y el natural gracioso de su juventud.

Durante cierto tiempo la vida del palacio transcurre en la rutina: las ejecuciones en el patio del sur, el recibo de cajas selladas en el sótano, el acarreo de provisiones y los deberes oficiales reducidos al mínimo por el carácter nada ostentoso del rey.

Pero una mañana, a las siete, habiéndonos hecho llamar a su presencia en el jardín, el rey, que desconfiaba de las relaciones prolongadas, condenó a muerte a su reina y a su amigo, que no pronunciaron palabra alguna.

Sólo yo me atreví a decir, acercándome al rey: –Arnoldo, nada he hecho contra ti, y me disgustaría mucho que me mandarás matar. Ruego a tu mano que haga por sí misma las podas en este jardín.

El rey rozó su muslo contra el mío y me contestó indignado:  
–Dígame “Señor”, que es el trato que se da a los reyes. De ahora  
en adelante me llamará siempre Señor. No lo olvide usted.  
Mientras disfruto de la cálida intimidad del rey me propongo  
escribir en los Anales algunos cantos en memoria de la reina  
y del joven Herlindo, cuyas estatuas de mármol están  
situadas a lado y lado de la puerta de las caballerías, frente al  
hermoso bosque de eucaliptos lleno de pájaros y fuentes, que  
es la entrada principal del palacio.

## LA TORRE DE LOS BUSCADORES DE LUNAS

Contaré aquí uno de los muchos infortunios que le sucedieron  
a mi amigo el rey de Dinamarca, en el año de 1814:  
Él era joven y apuesto y habitaba en su palacio de cristal  
dorado, rodeado del afecto de su pueblo, mas, perseguido  
por la desgracia.  
Yo lo sé bien porque la amistad del rey me honraba  
concediéndome una habitación contigua a la suya,  
comunicada con ésta por una puerta que ninguno de los  
dos se atrevía a cerrar,  
de modo que, como no había más salidas, yo estaba obligado  
a pasar siempre por su cámara, con lo que, frecuentemente,  
tenía el placer de que me hablara y aún más:  
la inmensa responsabilidad de conocer sus secretos y sus  
costumbres íntimas, por demás correctas y ponderadas.  
Cierta tiempo llevaba yo disfrutando de la intimidad del rey,  
cuando éste contrajo matrimonio con una hermosa dama,  
cuyo nombre en mi ancianidad ya no recuerdo: podía ser  
Sonrisa.

No por ello el rey colocó velo alguno en la puerta que  
separaba nuestras estancias, de modo que su bella esposa  
aparecía frecuentemente ante mí, en su lecho muchas veces, y  
su amistad me era tan cara como la del rey.  
Ella vestía siempre íntegramente con el color rojo de los  
reyes, y sus muchas prendas, así las de pesado viso como las  
más delicadas, de perfume y encaje, me eran bien conocidas  
y puedo recordarlas una a una.  
A los siete días de casados el rey le dijo: –Aún no has sido  
para mí esposa desnuda. Quiero que vengas a mi lecho,  
paloma roja, rosa viva, tibio canto, dulce pluma, reina mía.  
Yo en mi habitación procuraba estar muerto y no me atrevía  
siquiera a respirar, pues tenía la obligación de dar mi vida  
por el pudor de la reina, por la amistad del rey que tan  
pesadamente me honraba.  
Y he aquí que la reina miró hacia mí y comenzó a calzarse su  
precioso zapato rojo, coronado de rubíes, donde se reflejaba  
su blanco pie como un ángel sorprendido in fraganti.

Yo me permitía pensar para mis adentros: pero si el rey la quiere desnuda, ¿por qué se calzará su zapato rojo? Si el rey le ha pedido que comparezca desnuda, ¿por qué insistirá en calzarse su precioso zapato rojo, cuyo tacón de coral podría herir el corazón del rey?

Entre tanto el rey apareció frente a nosotros para reclamar la presencia de su esposa, que tardaba. Traía un velo dorado en la mano, ante sí, y tomó asiento al borde de mi lecho.

Yo lo saludé con una inclinación de cabeza y una sonrisa tímida, tal vez un poco equívoca, –vive Dios que a estas alturas de mis años no lo sé–, por lo que el rey se mostró sorprendido y dejó brillar en sus ojos un instante de reproche.

Luego, como ella, con las más tiernas palabras disculpase su demora, el rey tornó a esperarla y, cuando su torso desnudo cruzó la puerta, los ojos embusteros de la reina, indagando rápidamente, encontraron la salida secreta.

La orden de buscarla se dio inmediatamente por todas las alarmas situadas en las almenas, y el rey mismo encabezaba el tropel de los buscadores que escudriñaban todo el palacio.

Yo, tomando el ala izquierda, penetré en el laberinto  
destinado a los osos de mar, que estaba compuesto por  
recintos cúbicos contruidos uno entre otro a la manera de  
las cajas chinas de prestidigitación.  
Allí estuve cinco años hasta que el terremoto de 1819  
destruyó el laberinto, siéndome dado, por fin, salir del  
corazón de las cosas a su superficie.  
Después supe que, perdida la esposa y el amigo, el rey,  
creyendo que había sido traicionado por ambos, enloqueció  
y fue a arrojarse al mar, desde la alta torre de los buscadores  
de lunas.

Desde entonces mi larga barba blanca ha crecido, crecido...



## CÓMO ME CONVERTÍ EN MONSTRUO

*“Oculto en sus cavernas, el Poeta sintió sus males horribles,  
Y un bulto de carne creció en su cabeza, y escamas en su  
espalda y costados”*

WILLIAM BLAKE

Contaré aquí cómo me convertí en monstruo, para lección  
de futuras generaciones, y de los que educan a sus hijos:  
Difícilmente mi mano, transformada en garra, puede tomar  
la pluma y dibujar torcidamente las letras;  
empero, haré este último esfuerzo antes de que la Muerte me  
abata con su coletazo final,  
porque pienso en aquellos jóvenes que están propensos a  
convertirse en monstruos como yo,  
y para liberar, por medio de este último acto, mi alma a la  
que mando andar errante por las cavernas después de mi  
muerte.

El cabello se eriza en mi cabeza y también el vello de mis  
brazos, y el frío maligno que me recorre hace temblar todo  
mi cuerpo al escribir estas líneas,

¡Oh vosotros, amantes de los monstruos, a quienes lleváis  
jalea hasta las más profundas grietas de la tierra!  
Sabed, pues, que en aquel día de la costa yo era joven y me  
bañaba desnudo en el agua salada,  
respetado por los tritones y jugando con los peces que venían  
a colear en mi mano.

Mi padre, en su casa del horizonte, se pasaba todo el día  
reforzando las redes con hilos de su larga barba blanca,  
y mi madre, desde las estrellas, no me veía.

Entonces vino el hijo del guardafaro con su novia de alambre,  
y una urraca posada en el hombro derecho, que recitaba  
un poema mágico escrito muchos siglos atrás por un  
famoso monstruo de Asia.

Mi padre, en su casa del horizonte, envolvía a mis hermanos  
en redes,  
y mi madre, desde las estrellas, no me veía.

Entonces el hijo del guardafaro me convidó a ir hasta una isla  
donde conseguiríamos una urraca para mí,  
que recitara poemas escritos muchos siglos atrás por los más  
famosos monstruos del Asia.

Al norte de la isla se levantaba una gran ciudad,  
empalmerada y más luminosa que el cielo estrellado.  
Dirigiéndonos hacia ella, llegamos a la hora en que se  
encienden las girándulas,  
y nos fuimos inmediatamente al distrito donde pregonan los  
vendedores de urracas, en los alrededores del puerto.  
Varios años permanecemos extraviados en las calles de la  
ciudad, sin lograr encontrar la salida para el regreso,  
porque los poemas eran engañosos y describían  
equivocadamente los planos,  
a fin de retener a los escogidos hasta que los colmillos se les  
pusieran puntiagudos y ya no pudieran abandonar jamás la  
isla.  
Y durante aquellos años una mano huracanada me dio a  
beber todos los días el licor que aparta de los semejantes.  
Entonces busqué esta caverna, más allá del Norte, y en ella  
he permanecido solitario mirando transformarse mis  
miembros y cubrirse de escamas mi cuerpo,  
y a todo aquél en quien se detiene mi pensamiento empiezan  
a crecerle colmillos puntiagudos.

## CAUTIVERIO DEL MONSTRUO

Aquí, desde la costa, miro la noche impenetrable.  
Al otro lado del mar están las ciudades luminosas y llenas de  
voces,  
mas, a mi alrededor sólo el embate del océano contra mi  
memoria en la oscuridad,  
y rebaños de nubes salvajes.  
Mi nombre contra la piedra, y éste es el relato de mi  
cautiverio,  
desterrado más allá de las islas, en la última línea del  
horizonte que le da la vuelta a la tierra.  
Y tú, ballena azul que has venido a mirarme, escucha:  
sólo puedo comer los peces que caen del Cielo, ése es mi  
único contacto con los seres, y mis dedos soban su piel  
recamada de rocío,  
mis dedos con pico de pájaro para escarbar las arenas.  
Diviso dentro de mí todas las cosas de la Tierra,  
y sé que hay surtidores de música en las ciudades,

y que el agua vuela de un lugar a otro sobre las nubes,  
mas ya no volveré a las ciudades y mi soledad es grande bajo  
las nubes,  
¡Oh hielos, auroras, inmensa agua desnuda!  
En el polo mi más cálida cercanía, y el alma se arrastra sobre  
las rocas encadenada a mi pie.  
“Todos creen conocer el amor”, decía un inri colocado en el  
palo de gavias,  
y ahora el barco yace cerca de la costa, pesado de arena, y  
sobre la punta del palo, en la baja marea, viene a gritar un  
pájaro marino, de largas alas como velas.  
Y el barco tenía también inscripciones sobre la soledad,  
inscripciones sobre el olvido, y amonestaciones sobre la  
memoria,  
y palabras acerca de todo lo que debe saber un monstruo.  
¡Mi nombre contra las olas, y que retumbe mi grito sobre los  
mares!  
Hablo con la sombra del día –a la entrada de mi caverna, el  
mar empinándose sobre el acantilado–

hasta que viene la noche condecorada con una gran medalla  
de oro,  
la noche donde la voz se pierde en los pliegues del mar.  
Y el alma escucha mi relato, sentada como un perro de guía,  
con la cabeza erguida, las patas delanteras rectas,  
y el pecho blanco donde mis dedos buscan un poco de calor.  
Exigua memoria acompaña al desterrado,  
y el alba rosada le sorprende repitiendo la misma historia de  
amor,  
hasta que fue convertido en monstruo y colocada esta tabla  
para avisar del peligro a los viajeros:

*“Que ningún barco y ningún animal marino ni celeste  
pase a menos de diez millas de esta costa,  
y que los peces se traguen al mar si el mar permite que esta ley  
sea violada”.*



los náufragos viviendo en los barcos sumergidos y sus  
extrañas costumbres,  
y lo que sucede en el mar durante la noche.  
Después de que la ballena ha hecho uso de la palabra según  
las leyes de la hospitalidad,  
y de las normas que rigen los actos de los visitantes,  
yo comienzo a hablarle de las profundidades de mi alma y  
cuando hago una pausa, a la hora del crepúsculo, no me  
responde.  
Entonces la arrastro y la deposito a la orilla del mar para que  
éste la recoja,  
y al alba, cuando la marea se retira, la despido con mi mano  
en alto.  
La ballena (a quien Dios respete y salude) se aleja  
rápidamente mar afuera y va a estrellarse contra el disco del  
sol que acaba de aparecer en el horizonte.  
Dando la espalda a este espectáculo regreso a la cueva para  
besar los escorpiones de mi angustia,  
¡Oh monstruo que me habéis recluso en este monte,  
a fin de proteger al mundo de mi extraña maldad!



## EL HIJO DE LA BALLENA

*Lo restante del camino, de la medida justa, del Tiempo,  
del Siglo, descanso en silencio*

EVANGELIO DE MARÍA MAGDALENA

Cercano ya de mi muerte y entregado a los recuerdos bajo la  
sombra de mi árbol preferido,  
sobando los bordes de mis heridas con mi dedo enconado,  
en un solemne momento de la memoria encuentro aquel,  
dichoso sí, también, mas profundamente conmovedor, hasta  
el martirio,  
cuando, estando yo prisionero de Satanaíl, en una roca frente  
a los océanos del norte,  
el hijo de la ballena venía todos los días a la ensenada,  
su sonrisa brillando con las últimas luces de la tarde, las que  
atravesan el aire como barcos de aluminio.  
Durante largo rato pulsábamos la fuerza de nuestras manos,  
después de lo cual, con su sonrisa de despedida,  
se alejaba chapoteando en la noche como un reflejo.

Ahora afloran los gusanos a mi boca, los siento subir por mi  
garganta y descansar en mi lengua,  
y los escupo con desdeñoso gesto.

Pero en aquel tiempo, el joven hijo de la ballena ¡qué cuerpo  
tenía! Piel como un pizarrón, espejeada, que mis dedos no  
lograban arañar,

¡Y cuánta fuerza acumulaba, que casi era capaz de derribarme!

Sus dientes blancos se alejan mar afuera mirándome,  
mientras se hace oscuro alrededor,  
y la tinta de la noche se me entra por la boca y las orejas para  
ahogarme.

Esta cicatriz en el brazo derecho me la proporcionó jugando,  
hace más de mil años, para que siempre me acordara de él,  
de las muchas tardes que vino a acompañarme en la bahía,  
durante mi cautiverio,

y del secreto que me confió acerca de la duración de los mares,  
así como de los lugares donde se encuentran los tesoros que  
nunca tuve necesidad de buscar.

Cuando expire sepultadme con este brazo fuera de la tierra,  
pues en él está grabado todo lo que necesitáis saber  
cuando vengan los convulsivos siglos que preceden a la  
extinción y el silencio.

## AVISO A LOS MORIBUNDOS

A vosotros, los que en este momento estáis agonizando en  
todo el mundo:  
Os aviso que mañana no habrá desayuno para vosotros;  
vuestra taza permanecerá quieta en el aparador como un gato  
sin amo,  
mirando la eternidad con su ojo esmaltado.  
Vengo de parte de la Muerte para avisaros que vayáis  
preparando vuestras ocultas descomposiciones:  
todos vuestros problemas van a ser resueltos dentro de poco,  
y ya, ciertamente, no tendréis nada de qué quejaros, ¡Oh  
príncipes deteriorados y próximos al polvo!  
Vuestros vecinos ya no os molestarán más con sus visitas  
inoportunas,  
pues ahora los visitantes vais a ser vosotros, ¡y de qué reino  
misterioso y lento!  
Ya no os acosarán más vuestras deudas ni os trasnocharán  
vuestras dudas e incertidumbres,

pues ahora sí que vais a dormir, ¡y de qué modo!  
Ahora vuestros amigos ya no podrán perjudicaros más, ¡Oh  
afortunados a quienes el conocimiento deshereda!  
Ni habrá nadie que os pueda imponer una disciplina que os  
hacía rabiar, ¡Oh disciplinados y pacíficos habitantes de  
vuestro agujero!  
Por todo esto vengo a avisaros que se abrirá una nueva época  
para vosotros  
en el subterráneo corazón del mundo, a donde seréis llevados  
solemnemente  
para escuchar las palpitaciones de la materia.  
A vuestro alrededor veo a muchos que os quieren ayudar a  
bien morir,  
y que nunca, sin embargo, os quisieron ayudar a bien vivir.  
Pero vosotros ya no estáis para hacer caso de nadie,  
porque os encontráis sumergidos en vosotros mismos como  
nunca antes lo estuvierais,  
pues al fin os ha sido dado poder reposar en vosotros,  
en vuestra más recóndita intimidad, donde nadie puede  
entrar a perturbaros.

Vuestro suceso, no por sabido es menos inesperado,  
y para algunos de vosotros demasiado cruel, como no lo  
merecáis,  
mas nadie os dará consolación y disculpas.  
De ahora en adelante vosotros mismos tendréis que hacer  
vuestro lecho,  
quedaréis definitivamente solos y ya no tendréis ayuda, para  
bien o para mal.  
Os ha llegado vuestro turno, ¡Oh maravillosos ofendidos en  
la quietud de vuestra aristocrática fealdad!  
Tanto que os reísteis en este mundo, mas ahora sí que vais a  
poder reír a todo lo largo de vuestra boca,  
¡Oh prestos a soltar la carcajada final, la que nunca se borra!  
Yo os aviso que no tendréis que pagar más tributo, y que  
desde este momento quedáis exentos de todas vuestras  
obligaciones.  
¡Oh próximos libertos, cómo vais a holgar ahora sin medida  
y sin freno!  
Ahora os vais a entregar a la desenfrenada locura de vuestro  
esparcimiento,

no, ciertamente, como os revolcabais en el revuelto lecho de  
vuestros amantes,  
sino que ahora seréis vosotros mismos vuestro más tierno  
amante,  
sin hastío ni remordimiento.

Apurad vuestro último trago de agua y despedíos de vuestros  
parientes, porque vais a celebrar el secreto concilio  
en donde seréis elegidos para presidir vuestra propia  
desintegración y vuestra ruina definitiva.

Ahora sí que os podréis jactar de no ser como los demás,  
pues seréis únicos en vuestra inflada podredumbre.  
¡Ahora sí que podréis hacer alarde de vuestra presencia! Yo os  
aviso

que mañana estrenaréis vestido y casa y tendréis otros  
compañeros más sinceros y laboriosos,  
que trabajarán acuciosamente día y noche para limpiar  
vuestros huesos.

Oh vosotros que aspiráis a otra vida porque no os amañasteis  
en ésta:

yo os aviso que vuestra resurrección va a estar un poco difícil,  
porque vuestros herederos os enterarán tan hondo,  
que no alcanzaréis a salir a tiempo para el Juicio Final.



## PALABRAS DE INVIERNO

Mi inocencia flotaba en el viento, bella como la manzana  
antes de ser mordida.  
Pero su pensamiento taladraba ya mi corazón, sin que yo lo  
supiese,  
empujándome sobre las cosas hasta un rincón de la ciudad,  
donde al fin lograría, por sobre el cielo y la tierra,  
derribar el carmín de mis mejillas.  
Cuando me veía se asustaba como si lo estuvieran juzgando.  
Ante todo ser bello temblaba como si él mismo lo hubiese  
inventado.  
Durante mucho tiempo su pasión ardió en mí, porque había  
hecho de mí el centro del universo, para orientarse.  
Ahora yace muerto. Pero, cuando vivía, para él no había más  
Dios que yo; ni nada más bello ni más misterioso que yo.  
Y de esta manera le rendía tributo a la tierra, la tierra que es  
nuestro único cielo.  
Mujeres, hombres, animales, minerales, vegetales y cosas,  
seres todos de toda especie, sus amantes,

que fuimos a su casa, a su lecho, o vino él a nuestro lecho y  
nuestra casa,  
en el bosque, en el desierto, en el mar, en la montaña, en la  
ciudad, en el viento,  
no somos más que cosas que ruedan, hechas todas a imagen y  
semejanza de Dios,  
pero los poetas ponen en nosotros demasiado conocimiento,  
demasiada esperanza, podríamos decir.  
Los poetas, que son sólo perturbadores del alma.  
Ahora que él ha entrado a parecerse a nosotros,  
ahora que se multiplica y se divide y que puede visitar varios  
lugares a la vez,  
ahora que puede presentarse ante cada uno de nosotros con  
un rostro distinto,  
ahora que puede decirnos una cosa diferente a cada uno con  
las mismas palabras,  
ahora que se complace en desfigurarse cada vez más en  
imperfectos espejos,  
ahora él es uno de nosotros en nuestro reino.

El gusano dice “Yo” con una parte del alma del muerto, el  
cual se reconoce en él y habla por su boca;  
el gusano, que se pinta los labios con ceniza para parecer  
bello a la Muerte;  
la Muerte celosa que escarba día y noche en las tumbas en  
busca de un recuerdo de amor;  
el Amor que huye hacia los estados primitivos del alma, hacia  
la primera selva del mundo,  
referencia de la pintoresca raza del hombre.  
En el obscuro hueco de su tumba habitaréis con él.  
Que sus últimos actos os sean agradables, oh vosotros,  
privilegiados bichos, portadores de la voluntad de Dios y  
ejecutores de sus misterios,  
¡Quién lo creyera!

## AFRENTA DE LA MUERTE

*La Muerte, acompañada de sus seis hijos...*  
EVANGELIO DE BARTOLOMÉ. (Recensión copta)

He aquí que de repente aparece la Muerte acompañada de  
sus seis hijos,  
de los cuales tres son varones y tres son hembras.  
Yo la miro fijamente y la escupo a la cara,  
y ella me lanza una palabrota por debajo de su manto raído.

*—Mala Muerte, mala Muerte:  
si yo te preñé seis veces  
te puedo preñar las siete.*

Cuando yo estaba enfermo vino el Gran Visir a mi alcoba  
con sus seis amantes,  
de los cuales tres son varones y tres son hembras,  
y abriendo la puerta a las tres de la madrugada,  
los echó desnudos sobre el tapiz, a los pies de mi cama,

y cohabitó con ellos al borde de mi fiebre.

Después yo tuve que ponerme a pelear con la Muerte, hasta  
que se estuviera callada.

*—Mala Muerte, mala Muerte:  
si te preño siete veces,  
puedo preñarte las nueve.*

El día que llegué al puerto para tomar posesión del barco en  
que habría de dar la vuelta al mundo,  
la Muerte, con su pañuelo rojo atado al brazo, quiso echarme  
al mar por la pasarela,  
y tuve que darle una patada en la boca.

Pero ella me esperaba siempre en los cuatro puntos cardinales  
acompañada de sus seis hijos, de los cuales tres son débiles y  
tres son gigantes.

*—Mala Muerte, mala Muerte:  
si te preñé en Nueva York  
te preño en Alejandría.*

La Muerte me perseguía por toda la cordillera de los Andes  
con su maletín negro en la mano.  
La muerte andaba detrás de mí por los pasillos del Banco de  
Londres & Montreal Ltda.  
La Muerte me acechaba en las avenidas de Río de Janeiro  
disfrazada como un vendedor de esencias.  
La Muerte, llena de impaciencia, mordía uno a uno los  
ciento veinte dedos de sus seis hijos,  
de los cuales tres son bizcos y tres tienen el labio partido.

*—Mala Muerte, mala amiga:  
si yo te preñé de noche,  
puedo preñarte de día.*

La Muerte me manda paquetes postales ahumados al  
apartado de correos 5094,  
la Muerte introduce amenazas anónimas por debajo de la  
puerta de mi casa, en el número 4 de la calle 14,  
la Muerte me espera en las escaleras, en las bocacalles, en los  
grandes almacenes de especias,

la Muerte me manda razones con el juez, me escribe insultos  
con carbón en las paredes.

*—Mala Muerte, mala esposa:  
vivo o muerto da lo mismo,  
te empreño de todos modos.*

La Muerte les habla mal de mí a los vecinos, me empuja en el  
metro, me espera a la salida de los cines,  
la Muerte me oculta las recetas del médico, me derrama la  
leche, me esconde las medias,  
la Muerte manda sus hijos a que me tiren piedra, que se  
burlen de mí, que me muestren la lengua,  
la Muerte obstruye las cañerías de mi casa, se orina en el  
zaguán, abre goteras en el techo.  
Es evidente que la Muerte me persigue. ¿No les parece a  
ustedes?

## PROVERBIOS DE LOS CHARLATANES

Cuando un desconocido se encuentra con otro desconocido,  
o lo mata o le pregunta algo.  
Los charlatanes pueden alargar indeterminadamente la  
conversación, a fin de prolongar con ella la vida,  
pues la defensa se permite... a quien puede defenderse.  
Pero jamás huir. ¿Por qué hay que estar siempre huyendo?  
Si el lobo os alcanza y os devora, saboread al lobo pero no  
huyáis.  
Que vuestro placer de ser comidos sea más grande que el del  
lobo.  
Esto no por razones apoyadas en la lógica, pues lo que hay  
que buscar no son razones sino motivos,  
y en este caso no hay que dudar de que el lobo tendrá sus  
buenos motivos.  
Contra la Muerte no cabe nada, ni siquiera disfrazarse:  
No por estar pintado el Faraón la Muerte no se lo va a comer.  
Tampoco la negación anula la Muerte. Yo afirmo la Muerte  
con mis doce pares de costillas.



De modo que no queda más que prolongar la conversación  
ininterrumpidamente.

Tal vez el interlocutor termine por cansarse y continuar su  
camino,

aunque es también muy probable que su resistencia no tenga  
límite conocido, y decida esperar a que cerremos el pico.

En ese preciso momento descargará su pistola, desapareciendo  
luego tan repentinamente como llegó,  
porque después de haber hablado la pistola ya no hay nada  
más que decir.

Lo malo es que no podemos devolvernos, porque cuantas  
veces desandemos un camino habremos perdido otros tantos  
días.

El enfrentamiento está, pues, decidido, y tú sabes que no hay  
posibilidad alguna para ti.

Sólo hablar, hablar, hablar.

Conserva tu puesto hasta el final y alega todo lo que puedas.

Quizás logres confundirlo y hacerlo caer en contradicción.

Sin embargo debes mantener la serenidad y no buscarle seis  
patas al gato, que no tiene sino cinco,

ni subir demasiado alto porque te pierdes de vista.  
Siempre en tu lugar. Tu lugar son las fauces del lobo.  
Ni acuses a un solo hombre, porque éste te matará o te hará  
matar.

Acusa a toda la humanidad.

Así te matarán entre todos.

Y los charlatanes después de haber enredado todos los  
conocimientos se fueron abrazados y riéndose.

Porque ellos mismos habían caído en la trampa.

La trampa eran ellos mismos.

Mi alma dice:

No son las ovejas las que buscan al Señor.

Es Él el que se preocupa por ellas.

Porque si no se preocupa, ellas se convierten en lobos.

Y los noventa y nueve lobos devorarán a la oveja restante.

Y los noventa y nueve justos devorarán a la oveja restante,  
según otra versión.

## EL DESEO

Hoy tengo deseo de encontrarte en la calle,  
y que nos sentemos en un café a hablar largamente de las  
cosas pequeñas de la vida,  
a recordar de cuando tú fuiste soldado,  
o de cuando yo era joven y salíamos a recorrer juntos  
la ciudad, y en las afueras, sobre la yerba, nos echábamos  
a mirar cómo el atardecer nos iba rodeando.  
Entonces escuchábamos nuestra sangre cautelosamente y nos  
estábamos callados.  
Luego emprendíamos el regreso y tú te despedías siempre en  
la misma esquina  
hasta el día siguiente,  
con esa despreocupación que uno quisiera tener toda la vida,  
pero que sólo se da en la juventud,  
cuando se duerme tranquilo en cualquier parte sin un pan  
entre el bolsillo,  
y se tienen creencias y confianzas  
así en el mundo como en uno mismo.

Y quiero además aún hablarte,  
pues tú tienes dieciocho años y podríamos divertirnos esta  
noche con cerveza y música,  
y después yo seguir viviendo como si nada...  
o asistir a la oficina y trabajar diez o doce horas,  
mientras la Muerte me espera en el guardarropa para  
ponerme mi abrigo negro  
a la salida,  
yo buscando la puerta de emergencia,  
la escalera de incendios que conduce al infierno,  
todas las salidas custodiadas por desconocidos.  
Pero hoy no podré encontrarte porque tú vives en otra ciudad.  
Mientras la tarde transcurre  
evocaré el muro en cuyo saliente nos sentábamos  
a decir las últimas palabras cada noche,  
o cuando fuimos a un espectáculo de lucha libre y al salir  
comprendí que te amaba,  
y en fin, tantas otras cosas que suceden...

ENVÍO

AQUÍ VIVE

JAIME JARAMILLO ESCOBAR

JAIME JARAMILLO ESCOBAR\* Pueblorrico (Antioquia) 1932. Publicista durante 20 años. Coordinador de talleres literarios durante 20 años. Publica un libro cada 20 años. Y sigue en sus 20.

\* Esta nota de autor fue enviada por él mismo.



Editado por el Departamento de Publicaciones  
de la Universidad Externado de Colombia  
en abril de 2004

Se compuso en caracteres Garamond de 10 puntos y se  
imprimió sobre papel periódico de 48.8 gramos,  
con un tiraje de 12.500 ejemplares.  
Bogotá, Colombia

*Post tenebras spero lucem*

